



RESEÑAS

El intranquilo mundo de las ciencias sociales

The restless realm of social science

Fernando Leal Carretero

Investigador del Departamento de Estudios Socio-Urbanos,

Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara

f.leal@prodigy.net.mx

Palabras clave: **Investigadores, científicos, juicios de valor, teoría del control, control social, naturalismo, leyes de la historia, valores, ciencia, individualismo, fin de la historia, metodología, debates metodológicos, ciencias sociales, ética, neutralidad axiológica, Kincaid, Dupré, Wylie, McClelland, Fararo.**

Key words: **Researchers, scientists, value judgments, control theory, social control, naturalism, laws of history, values, science, individualism, end of history, methodology, methodological debates, social science, ethics, axiological neutrality, Kincaid, Dupré, Wylie, McClelland, Fararo.**

Resumen

Las ciencias sociales han nacido todas en medio de grandes debates metodológicos. Si tales debates estuvieron presentes ya en las abundantes formas precientíficas que las ciencias sociales tomaron en sus inicios, su presencia continúa atormentándonos en nuestros días. Este trabajo intenta poner cierto orden en la multiplicidad de argumentos y contraargumentos mediante su reducción a cinco grandes figuras argumentales. Primero se expone el contenido de dichas figuras argumentales en términos generales, tratando de mostrar que en la raíz de ellos está la insalvable distancia entre las inclinaciones cognitivas con que la evolución ha dotado a los seres humanos y la actitud científica que sería de cuño especialmente reciente en el caso de las ciencias sociales, al menos según un prejuicio popular. Luego se procede a analizar dos textos recientes en que se ventilan aspectos de estos debates, con lo cual puede verse que los siglos no han aminorado su vitalidad.

Abstract

The social sciences were all born amidst methodological struggles. If such struggles were already present in the numerous pre-scientific shapes the social sciences exhibited in their beginnings, their presence continues to haunt them today. This paper tries to introduce some order into the multiplicity of arguments and counterarguments by reducing all of them to five big debates. First the contents of these five debates is laid out in general terms, whereby an attempt is made to show that underlying it all there is an unbridgeable gap between the cognitive propensities produced in human being by evolutionary processes and the scientific attitude which, according to a popular prejudice, is a relatively new acquisition in the field of social science. After this general disquisition, two recent texts dealing with aspects of the methodological debates are analyzed so as to show that their vitality has by no means decreased.



En el sentido general e impreciso de pensamiento más o menos ordenado, más o menos coherente, más o menos sistemático sobre la vida humana en grupos de distintos tamaños y características, las ciencias sociales se remontan, al menos en Occidente, a la poesía épica, la descripción etnográfica y las especulaciones filosóficas griegas, así como al derecho, la administración y la analítica romanas; es decir, tienen más de dos mil y menos de tres mil años. Desde entonces han sido la arena de innumerables y estruendosas disputas, tantas y tales que seguramente habría disputa acerca de cuántas y cuáles son. La siguiente es una lista de las que considero que son las más importantes y a las que se reducen muchas otras que se pudieran mencionar:

- I. ¿Es el orden social un orden natural o más bien un orden positivo, es decir puesto -o impuesto- por seres humanos de manera artificiosa y para conveniencia de todos o de algunos? A esta pregunta se la llama tradicionalmente la cuestión del derecho natural, aunque tiene más ramificaciones; aquí nos referiremos a ella como la cuestión del naturalismo.
- II. ¿Es posible construir una teoría general, tener una ciencia de validez universal, o sólo podemos hacer recuentos periódicos y descripciones particulares? Esta es la cuestión de las "leyes de la sociedad" o las "leyes de la historia".
- III. ¿Debe nuestro estudio de las cosas sociales buscar sólo la verdad o más bien buscar el bien, la felicidad, la utilidad -de unos o de todos- e incluso intervenir para que se produzcan cambios deseables en la sociedad? Es la cuestión de los valores en la ciencia.
- IV. ¿Cuál es la relación de lo individual frente a lo social, lo colectivo, lo comunitario, y debe nuestro estudio de estas cosas arrancar, o incluso ser, más de lo uno que de lo otro? Esta es la cuestión del individuo o del individualismo.
- V. ¿Tiene la vida humana en grupo algún sentido, significado, dirección?, ¿o varios?, ¿o ninguno?, y -en su caso- ¿qué determina semejantes sentidos? Es la cuestión del "fin de la historia".

Estas son, sobre poco más o menos, las materias en disputa. Y como siempre que hay disputa, tenemos en esta historia larga de las ciencias sociales tanto posiciones extremas (esto, pero no aquello) como posiciones moderadas, medianeras (esto, pero también aquello).

En el sentido específico y preciso que la palabra "ciencia" tiene hoy para nosotros, las ciencias sociales son mucho más recientes, y podemos situar su nacimiento en el siglo xviii, como fruto de polémicas, paradójicas y punzantes observaciones, visiones y argumentaciones de una serie alucinante de médicos, juristas, filósofos y funcionarios públicos de Holanda, Italia, Francia, Irlanda, Escocia e Inglaterra, no sin antecedentes notables en los teólogos ibéricos de la escolástica tardía. Lo que se llamaría primero "economía política" y después simplemente "economía" es el conjunto -cada vez mejor articulado- de principios, definiciones y deducciones que constituyen la primera aplicación del espíritu científico moderno a las cuestiones sociales.[1] A esta enjundiosa disciplina la siguen de cerca -en el aspecto cronológico- la historia crítica y la gramática comparada, que hasta la fecha son modelo de ciencia en el más estricto sentido. A lo largo de los siglos xix y xx irían apareciendo propuestas de nuevas ciencias sociales -la psicología, la sociología, la etnología, la antropología, la arqueología, la ciencia política o politología, la demografía, la geografía humana, la biología social o sociobiología, la medicina social, el estudio de sociedades artificiales por simulación en computadora, las neurociencias sociales- y con ellas innumerables pleitos territoriales en torno a la legitimidad científica y moral, la autonomía académica y la justificación para el financiamiento de sus proyectos de investigación o intervención.[2] En medio del fragor de estos altercados parroquiales, el observador curioso puede discernir que las grandes y antiguas disputas no han sido resueltas a satisfacción de todos sino que, como la hidra del mito, regeneran y enhiestan sus monstruosas cabezas una y otra vez.[3] De hecho, una de esas disputas, la concerniente a la posibilidad de una teoría general, ha sido parte importante de las agitadas demarcaciones (rara vez civilizadas conversaciones) interdisciplinarias. De ser posible el estudio teórico, científico, general, de las cosas sociales, ¿será tal estudio uno solo (con eventuales partes y subdivisiones) o más bien un grupo heterogéneo de estudios varios e irreducibles?

Aunque las grandes disputas de las ciencias sociales son en buena medida independientes -quiero decir que tomar una cierta posición frente a una disputa no obliga a posicionarse de una manera determinada respecto de las otras-, podemos observar que en la historia del pensamiento se han dado ciertas combinaciones con mayor frecuencia que otras. Por ejemplo, y adelantándome a cosas que diré más adelante, el historicismo alemán -ese gran movimiento intelectual de fines del siglo xviii- arranca de un rechazo a la idea de derecho



natural (cuestión I); pero su concepción del “espíritu del pueblo” (Volkgeist), que estaría detrás de la creación de derecho, es francamente colectivista (cuestión IV) y el desarrollo de esa concepción llevó a sus autores más renombrados a simpatizar mucho más con la idea de destino (cuestión V) que con la de leyes generales (cuestión II), e incluso a caer en la tentación de mezclar ciencia y política (cuestión III). Muchas otras corrientes intelectuales (como el liberalismo, el utilitarismo, el positivismo, el marxismo, el feminismo o el ambientalismo) podrían ser analizadas de manera semejante: su punto de partida es un posicionamiento frente a una de las grandes cuestiones en disputa, pero muy pronto una casi irresistible dialéctica lleva a quienes lo defienden o elaboran hasta el punto en que se produce un cierto posicionamiento frente a otra cuestión o incluso frente a todas las cuestiones. Por ejemplo, es mucho más fácil pensar que las ciencias sociales no tienen por única misión la búsqueda de la verdad cuando se cree que el orden social es producto de la acción humana.

Los seres humanos tenemos un modo de ver y pensar las cosas que parece espontáneo y universal. A ese modo natural se superponen distintos modos de ver y pensar que juntos constituyen eso que llamamos cultura en el sentido más amplio (las artes, las técnicas, la experiencia, la religión, el derecho, la educación). Pero en cada cultura aparecen de tanto en tanto propuestas alternativas (opuestas o complementarias) a las opiniones corrientes, las cuales despiertan una resistencia más o menos vigorosa y más o menos extendida. Los griegos llamaban “para-dojas” -literalmente: opiniones que van contra la opinión ordinaria- a tales propuestas alternativas. Algunas de esas paradojas, sin embargo, resultaban y resultan más o menos útiles para algunos, muchos o incluso todos, y con ello adquieren legitimidad en medida variable. Aunque todos los dominios de la cultura han producido tales paradojas útiles, tal vez ninguno ha producido tantas y tan diferentes como la ciencia. Y la resistencia a ellas ha sido proporcionalmente tórrida y tenaz. Desde Giordano Bruno, quemado en la hoguera por defender la pluralidad de mundos, hasta Galileo, amenazado de tortura por poner en duda la visión aristotélico-ptolemaica del universo; desde los grandes debates en torno al libre comercio y el orden del mercado hasta la expulsión de Ignaz Semmelweis del hospital en que trabajaba por atreverse a conjeturar que la falta de higiene de los parteros era la principal causa de muerte de las parturientas; desde las controversias sobre el origen de las especies hasta las protestas por la energía nuclear o la ingeniería genética, la ciencia ha encontrado siempre rabia, recelo y rechazo. ¿Por qué? Pues porque la ciencia requiere que desechemos activamente las hipótesis, los modelos y las conjeturas que no correspondan a los hechos y, cuando esto ocurre, la imagen del universo que resulta rara vez se ajusta a la manera natural y espontánea que tenemos de ver las cosas. La ciencia ha causado siempre escándalo: el sistema copernicano lo causó, las ideas de Bernard de Mandeville y las de Charles Darwin lo causaron, la genética lo está causando. La ciencia, queriendo o sin querer, plantea cosas que van a menudo contra las ideas al uso y en particular los valores vigentes, y los valores que dan sentido a nuestras vidas chocan muchas veces con ese otro valor -la curiosidad desinteresada- que está en la base del éxito y el progreso científicos. No quiero decir con esto que los científicos sean “espíritus puros” que no persiguen otros fines ni tienen otros intereses que saber cómo es el mundo. Tienen, como el resto de los humanos, muchas debilidades, flaquezas y prejuicios, son con frecuencia vanidosos y ocasionalmente egoístas, y sueñan con fama, prestigio, dinero y privilegios. En este contexto humano, demasiado humano, se ha planteado un principio: que en la medida de lo posible el científico se abstenga de hacer juicios de valor y se limite a los hechos, a decirnos cómo son las cosas y no cómo debieran ser. Este principio constituye una de las respuestas más conocidas y controvertidas a la cuestión de los valores (III), la más famosa y atractiva de las cinco disputas.

La historia del principio de abstención valorativa es antigua y venerable. Las ciencias sociales pueden entenderse como el intento de comprender qué hizo posible “la riqueza de las naciones”; para usar la frase de Adam Smith, es decir cómo y por qué se produjo el desarrollo industrial que ha transformado al mundo y destruido radicalmente el viejo orden social. Cuando ese desarrollo llega a las ciudades y principados alemanes, en la segunda mitad del siglo XIX, la gran pregunta de las ciencias sociales es concebida como doble: por un lado hay que explicar la transformación de la sociedad, pero por otro hay que diseñar políticas para una reforma social que alivie las miserias que esa transformación lleva, de manera inevitable, consigo. Esta doble pregunta -que milita claramente contra la abstención de juicios de valor por parte del científico- es concebida bajo la enorme influencia del pensamiento hegeliano, para el que los valores de una sociedad no son asunto meramente del individuo (eso sería la moralidad subjetiva de la que Hegel habló siempre con desprecio), sino que constituyen la vida moral colectiva de una nación. El lector atento se dará cuenta de que ya estamos aquí moviéndonos en dirección de la cuestión IV y adoptando una cierta preferencia de lo comunitario sobre lo individual.

La postura fundamental de los grandes autores alemanes en ciencias sociales que he esbozado tiene diversos detractores que curiosamente inician su polémica a partir no de la cuestión de los valores (III) sino de



la relativa a la posibilidad de una teoría general de la sociedad (ii). El historicismo, en efecto, era el gran trasfondo epistemológico y metodológico de las ciencias sociales alemanas: hacer ciencia consistía en recolectar los datos históricos, ordenarlos y clasificarlos, en la medida de lo posible sin ideas preconcebidas, de manera que los modelos explicativos puedan surgir de los datos mismos. Pero dada la concepción que tenían los historicistas de pueblos y naciones con tendencias culturales específicas, era muy fácil creer que cualquier teoría general -como las propias de la economía política clásica- constituía una falsificación de los datos: en realidad, lo más que podemos construir son modelos particulares, válidos para ciertos periodos y configuraciones culturales. La gran polémica, pues, se inicia cuando uno de los renovadores de la teoría económica, Carl Menger, ataca esta metodología como precientífica. Pero en el debate se mezclan posiciones sobre las cuestiones iii y iv de manera inevitable: para Menger la ciencia debe partir de las acciones individuales para construir una teoría de los fenómenos sociales (es lo que Joseph Schumpeter llamará después con gran acierto "individualismo metodológico") y los juicios de valor deben excluirse de la ciencia (lo que Weber llamará Wertfreiheit, que algunos traducen pomposa e inexactamente como "neutralidad axiológica" y que, como insinué antes, podríamos parafrasear mejor como "abstención valorativa"). A partir de entonces, la batalla en torno al papel de los juicios de valor en la ciencia en general y en las ciencias sociales en particular no ha cesado.

Tal vez convenga recordar tres cosas a fin de no desfigurar el sentido del principio weberiano de abstención valorativa. En primer lugar, este principio no excluye de ninguna manera todos los valores sino sólo aquellos que corresponden a las preferencias éticas, políticas o sociales del científico o de su comunidad; no puede en cambio prescindir de valores lógicos, epistemológicos y metodológicos (por ejemplo precisión, confiabilidad, validez, parsimonia, elegancia, formalidad, claridad). En segundo lugar, Weber asigna a los valores éticos, políticos y sociales un papel importante: motivar al científico a plantear preguntas e hipótesis nuevas o cuestionar conceptos, métodos y resultados existentes; simplemente insiste en que los actos mismos de plantear y cuestionar deben discurrir de exclusivo acuerdo con los valores lógicos, epistemológicos y metodológicos. En tercero y último lugar, existe una zona de penumbra que Weber no discutió nunca de manera perfectamente clara y explícita: los valores éticos, políticos y sociales pueden frenar la actividad científica, la cual, siendo una institución social entre otras, entra normalmente en un proceso de negociación para encontrar los límites tolerables de esa actividad. Recuérdese, por tomar un solo ejemplo, que la vivisección no se permitió de la noche a la mañana, y que aún hay muchos opositores a la experimentación con animales. Estoy seguro de que si Weber hubiese discutido este aspecto con tanta enjundia como los anteriores habría insistido en la autonomía (en el sentido kantiano) del investigador, quien ni debe dejarse llevar por los valores de su entorno ni debe tampoco tomarlos a la ligera.[4]

El principio de abstención valorativa no ha dejado de ser objeto de debate, si bien no todos los que en él participan son igualmente dignos de atención, como podemos ver por un libro reciente. En Kincaid, Dupré & Wylie (2007) se reúnen 11 profesores de filosofía para rechazar, a lo largo de una introducción y diez capítulos, la pertinencia o aceptabilidad del principio weberiano. El título del libro indica, en efecto, que sólo se referirán a él, es decir a la cuestión iii; pero propongo que una clave de lectura importante cuando se enfrenta cualquiera de las cinco cuestiones es observar qué posición se toma frente a una o varias de las otras cuatro. Todos los autores del libro son muy conocidos y algunos de ellos realmente célebres en el ámbito de la filosofía académica. Sin embargo, el libro es extremadamente desigual.[5] Para empezar, algunos de ellos (notablemente Elliott Sober, John T. Roberts y Sherrilyn Roush) no hablan en absoluto de ciencia alguna sino que se limitan a pintar abstracciones en el aire. En esto siguen una costumbre filosófica tan extendida como desafortunada que impide asir y evaluar sus asertos. Otros cuatro filósofos hacen alguna referencia a ciencias, pero de una manera tan diluida y etérea que el resultado viene a ser el mismo (aquí me estoy refiriendo a John Dupré, K. Brad Wray, Gerald Doppelt y Harold Kincaid). R.G. Collingwood dijo alguna vez que ningún filósofo tenía derecho a escribir sobre cuestiones estéticas si no había logrado un buen nivel de competencia en la práctica de al menos una de las que solíamos llamar bellas artes. Creo que otro tanto vale para la filosofía de la ciencia; pero, sin ánimo de ser tan estrictos, convengamos al menos que un filósofo que no conozca ni esté dispuesto a razonar en detalle sobre asuntos científicos no merece ninguna atención.

Utilizando este criterio, el capítulo más digno de que el lector se detenga es sin duda el sexto, porfiadamente intitulado "Rejecting the Ideal of Value-Free Science" y escrito por Heather Douglas, profesora de la Universidad de Tennessee, quien se concentra en ciertas investigaciones de química aplicada.[6] Su argumentación es densa y convincente: cuando la investigación trata de cuestiones como el nivel de seguridad de una sustancia química para los seres humanos no hay manera de separar los valores epistémicos (digamos el ajustarse a los hechos) y los valores no epistémicos (digamos las consecuencias éticas de tal o cual intento de ajustarse a los hechos). Las decisiones epistemológicas y metodológicas están permeadas de ambos tipos de



valor y en ese sentido la química de sustancias tóxicas no puede obedecer el principio weberiano.[...] Lo único que lamento es que con este sólido razonamiento la autora mezcle cuestiones muy diversas que no trata de manera satisfactoria. Sugiere, por ejemplo, que los investigadores en esta rama sean hechos (¿únicos?) responsables de las consecuencias de utilizar las sustancias en cuestión. Esta cuestión no es completamente ajena a la agitada por Weber. De hecho, el origen de la disputa en torno a los juicios de valor era, para Weber, justamente su opinión de que los científicos sociales de su época tomaban en cuenta sólo una familia de valores propios de un cierto entorno burocrático estatal (por ejemplo el valor de la productividad o de la eficiencia) y no se detenían lo suficiente a pensar en las consecuencias de adoptar políticas que se fijaban exclusivamente en ellos y no en otros igualmente importantes, pero en conflicto parcial con los primeros (por ejemplo el tamaño de la población).[...] Se trata aquí, pues, de un aspecto importante de la cuestión de los valores, pero que tiene tan complejas ramificaciones jurídicas y económicas que no pueden despacharse con mera filosofía, que es un poco lo que hace la profesora Douglas en este punto de su por lo demás excelente argumentación.

Menos enjundiosos pero también muy sólidos son sobre todo el tercer capítulo ("Coming to Terms with the Values of Science: Insights from Feminist Science Studies Scholarship" de Alison Wylie y Lynn Hankinson Nelson) y algo menos el segundo ("Social Problems", de Michael Root). El argumento básico en ambos es el mismo: que una fuente muy fértil de planteamientos y resultados en ciencia reside en la autonomía valorativa del investigador. En un clima saturado de sexismo, donde la sexualidad normal y aceptable se ve constituida por dos únicos sexos perfectamente diferenciados y con orientaciones perfectamente definidas y donde uno de ellos, el masculino, representa una perspectiva privilegiada, sólo hay cabida para ciertos problemas mientras que otros son perfectamente invisibles. En la medida en que el investigador se libera de estos prejuicios ampliamente compartidos podrá hacer observaciones científicas inusitadas. Los capítulos mencionados contienen ejemplos regocijantes de ello, que sus autores discuten de manera abreviada pero clara y competente (Wylie sobre arqueología, Nelson sobre embriología y Root sobre sociología). Quisiera añadir, sin embargo, que ninguna de estas argumentaciones va rigurosamente en contra del principio weberiano, el que, como dije antes, insiste en la importancia motivadora de los valores y en la pluralidad axiológica realmente existente y potencialmente conflictiva que el investigador debe tener en cuenta tanto para plantear problemas como para sugerir reformas. Por otro lado, resulta fascinante que el posicionamiento frente a la cuestión de los valores (iii) vaya acompañado de tensiones frente a la cuestión del naturalismo (i): Wylie y Nelson favorecen un cierto constructivismo (hasta cierto punto los seres humanos construimos la realidad, en este caso el género), mientras que Root dirige un ataque firme contra sus excesos (los problemas sociales no son una mera cuestión de etiquetamiento sino que tienen un componente real ineludible).

No deja de llamar la atención que ninguno de los autores considera el asunto desde el punto de vista del relajamiento de criterios epistemológicos, e incluso de la falsificación de resultados, que pueden ser provocados, y de hecho es posible documentar que lo son, por las "buenas intenciones" y la agenda política de los científicos. Sin restar méritos a la discusión de los temas en Kincaid, Dupré y Wylie (2007), debo decir que echo mucho de menos que no se haya invitado a nadie a tratar este aspecto del problema de la relación entre la ciencia y los valores.[...]

Uno de los presupuestos más firmes que tienen quienes creen que la ciencia es un instrumento para reformar y aun transformar el mundo, en particular el mundo social, es que es posible controlar a los seres humanos. Pensar esto es tomar posición más o menos firme frente a la cuestión i: es pensar que la realidad social no es natural sino producto de nuestro quehacer. Lo curioso es que la única teoría científica del control que existe -a medio camino entre las matemáticas y la ingeniería, un tiempo llamada "cibernética" pero hoy, de manera más simple y descriptiva, justamente control theory- implica que en sentido estricto no es posible controlar a un ser humano. En efecto, para que haya control no basta que haya un dispositivo (mecánico u orgánico) que actúe en el mundo sino que se requiere, además de esa capacidad de acción, que el dispositivo persiga un objetivo (es decir, que disponga de una señal o un estándar de referencia acerca de lo que se trata de lograr), que perciba los efectos de sus acciones en el mundo, que compare su percepción con el objetivo, y que modifique su acción de acuerdo con la diferencia observada en esa comparación. Los seres humanos, como todos los seres vivos, son dispositivos orgánicos de control en este sentido. Pero por lo mismo son controladores y por lo mismo rigurosamente incontrolables en el sentido preciso de la teoría del control.

Veamos esto más despacio. Consideremos un dispositivo de control muy familiar: los termostatos de nuestros calentadores de agua, tostadoras de pan, hornos y teteras eléctricas o sistemas de calefacción central. La manera más sencilla y eficaz de controlar un termostato es cambiando la señal de referencia: si quiero mi pan más oscuro, muevo la palanca a temperaturas más altas; si lo quiero más blanco, la muevo en dirección contraria. En efecto, lo que controla el tostado del pan es la posición de esa palanca (junto con el sensor y el



comparador, que cuando se descomponen queman el pan). Uno podría pretender controlar el tostado del pan precalentándolo en la estufa y diciendo: ¿ven ahora qué rápido lo tostó? Pero obsérvese bien: lo que uno hizo fue solamente acelerar el tostado del pan, mientras que, independientemente de tal acción, el tostador “decidió” cuándo parar el proceso en función de la temperatura alterada del pan. En realidad, uno no controló nada, y menos que nada al tostador. De la misma manera, cuando los conductistas en psicología modifican el medio ambiente, no controlan en realidad al organismo sino que en todo caso le facilitan o dificultan cumplir con su objetivo; otro tanto pasa cuando los economistas sugieren una política que modifique los incentivos de los agentes económicos (por ejemplo bajar los impuestos para estimular las inversiones).

¿Quién o qué determina los objetivos que persiguen los seres humanos, sus estándares o señales de referencia? Esta pregunta es importante, porque lo que tal determinare será la instancia real de control. En este contexto es frecuente oír la oposición entre naturaleza y crianza (nature and nurture), que es una de las muchas manifestaciones de la cuestión i: o estamos preprogramados por los genes o fuimos postprogramados por la sociedad. La investigación contemporánea está cada vez más cerca de un consenso acerca de que esta oposición es en el fondo falsa, que los procesos de desarrollo de los individuos son interactivos y que hay aún muchos puntos oscuros.^[10] Habla a favor de las teorías sociológicas del control (McClelland & Fararo 2007) que se abstengan sabiamente de pretender contribuir algo a tan espinosa pregunta. Tales teorías dan por sentado que los seres humanos persiguen ciertos objetivos sin inquirir de dónde los tienen, y proceden a preguntarse cuestiones como las siguientes:

¿Qué ocurre cuando un agente externo trata de modificarlos? Respuesta: fracaso casi total, con islas de éxito aparente basadas en características previas de los individuos.

¿Cómo es que distintas personas con distintos objetivos se coordinan para crear patrones de acción colectiva? Para contestar esta pregunta hay que preguntarnos cómo reaccionan las personas ante las acciones de los otros a fin de mantener una cierta coherencia entre lo que perciben en su entorno externo y su concepción de sí mismos o las ideas que tienen sobre el mundo.

Aunque unos autores se inclinan más por la teoría y otros por las aplicaciones, quienes contribuyen a McClelland & Fararo (2007) son todos expertos del campo (en su mayoría profesores de sociología en Estados Unidos) y sus contribuciones son, de manera uniforme, excelentes. Tal vez lo único que el lector echará de menos es que no hayan persuadido al profesor William T. Powers -spiritus rector de todos estos esfuerzos- a escribir su visión de una sociología del control. Fue, en efecto, Powers quien hace 35 años sacó la teoría del control de la ingeniería (su campo de especialidad) para introducirla a las ciencias sociales (Powers, 1973). En sus manos la teoría fue aplicada primero que nada a aspectos de la psicología del individuo, pero en muy poco tiempo iniciaron las aplicaciones a la psicología social, la sociología y los estudios sobre organizaciones. Los desarrollos han sido tan variados que era importante que apareciera una visión de conjunto como la que McClelland & Fararo (2007) colectivamente nos ofrece.

Sin embargo, tal visión de conjunto no constituye todavía una síntesis propiamente dicha de los conocimientos alcanzados, ya que la variedad en los enfoques, planteamientos y métodos es aún demasiado grande. Con todo, el estudiante avanzado tiene ya al menos con este libro una idea de dicha variedad y de la amplia literatura que la sustenta. Recomiendo particularmente al lector el estudio del capítulo 7 (“Control Theories of Identity, Action, and Emotion”, de Lynn Smith-Lovin y Dawn T. Robinson) por confrontar dos de esos enfoques y proponer tests para contrastar las diferentes hipótesis que se derivan de ellos. Por otro lado, el capítulo 2 (“Understanding Collective Control Processes”, de Kent McClelland) contiene en mi opinión los materiales más fascinantes: allí vemos miniexperimentos que nos muestran cómo dos o más personas, cada una dotada de un objetivo distinto, pueden controlar juntas un resultado que no es, en riguroso sentido científico, de ninguno de ellos. El resultado puede ser favorable a los participantes (consiguen juntos algo que quieren pero que no podrían conseguir separados) o desfavorable a uno, varios o todos los participantes (mantienen un estado de cosas que ninguno o al menos no todos quieren). Que la cooperación sea una manifestación de control, una forma de control colectivo, parece algo intuitivamente plausible, aunque ver en detalle cómo ocurre esto - cómo de varios procesos individuales de control se produce un control colectivo- es un ejemplo maravilloso de ciencia. Ahora bien, eso no se compara con el efecto, casi diría chocante, que provoca ver y analizar en detalle una situación de conflicto que es efectivamente una situación controlada por las partes en conflicto. Gracias a la teoría de juegos sabemos de muchas situaciones de equilibrio, deseables e indeseables, que se producen como agregado de las estrategias, decisiones y acciones de los jugadores. Pero la sociología del control nos confronta a este hecho de una manera novedosa y plástica: no nos dice solamente (como la teoría de juegos) que las configuraciones estratégicas C conducen al equilibrio E, sino que nos muestra el déroulement mismo que culmina en E (sea el clímax un happy ending o más bien un final trágico). Lo único que lamento es que



ninguno de los autores parezca interesado en establecer un puente o siquiera hacer referencia a la teoría de juegos (la cual por cierto ignora también olímpicamente a la teoría del control). Me parece que hay aquí una oportunidad de cooperación en la que dos teorías muy sólidas y matemáticamente desarrolladas podrían comunicarse en beneficio de las ciencias sociales.

Comoquiera que ello sea, es claro que la teoría de control se presenta como una teoría general, de validez universal, de manera que vemos una vez más que, aunque comenzamos con un intento de responder a la cuestión del naturalismo (i), nos encontramos con que la peculiar respuesta que da la sociología del control implica una respuesta clara a la cuestión del universalismo (ii) y en rigor también a la cuestión del individualismo (iv), ya que la teoría de control está metodológicamente basada en éste (como lo están la teoría de juegos y la teoría económica general). En cuanto a la cuestión de los valores (iii), podemos decir que todos los autores de este libro mantienen los juicios de valor fuera de la investigación, si bien es claro que los temas elegidos están inspirados en preocupaciones del mundo real (por ejemplo las situaciones de conflicto entre grupos o al interior de las organizaciones, los motines violentos, los intentos de manipular a los empleados).

De esta manera podemos ver, en dos publicaciones recientes, (Kincaid, Dupré & Wylie 2007 y McClelland & Fararo 2007) que las cinco grandes cuestiones con que nacieron las ciencias sociales están tan vivas hoy como en aquellos comienzos agitados.

Bibliografía

- Baron, Jonathan (2006). *Against Bioethics*. Cambridge (MA): The MIT Press.
- Best, Joel (2001). *Damned Lies and Statistics: Untangling Numbers from the Media, Politicians, and Activists*. Berkeley: University of California Press.
- Carruthers, Peter, Stephen Laurence & Stephen Stich, eds. (2005-2007). *The Innate Mind*, 3 vols, Nueva York: Oxford University Press.
- Douglas, Heather (1998). *The Use of Science in Policy-Making: A Study of Values in Dioxin Science*. Tesis doctoral, Universidad de Pittsburgh.
- Harris, Judith Rich (2006). *No Two Alike: Human Nature and Human Individuality*, Nueva York: Norton.
- Kealey, Terence (1996). *The Economic Laws of Scientific Research*. Londres: Macmillan
- Kellow, Aynsley (2007). *Science and Public Policy: The Virtuous Corruption of Virtual Environmental Science*. Cheltenham: Edward Elgar.
- Kincaid, Harold, John Dupré & Alison Wylie, eds. (2007). *Value-Free Science? Ideals and Illusions*. Nueva York: Oxford University Press.
- Leal Carretero, Fernando (2007). *Diálogo sobre el bien*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara (CUCSH).
- Martino, Joseph P. Martino (1992). *Science Funding: Politics and Porkbarrel*. New Brunswick (NJ), Transaction Publishers.
- McClelland & Thomas J. Fararo, eds. (2007). *Purpose, Meaning, and Action: Control Systems Theories in Sociology*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Mirowski, Philip & Esther-Mirjam Sent, eds. (2002). *Science Bought and Sold: Essays in the Economics of Science*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Nau, Heino Heinrich (1996). *Der Werturteilsstreit: Die Äusserungen zur Werturteilsdiskussion im Ausschuss des Vereins für Sozialpolitik (1913)*. Marburgo: Metropolis-Verlag.
- Nettle, Daniel (2007). *Personality: What Makes You the Way You Are*. Nueva York: Oxford University Press.
- Pareto, Vilfredo (1917). *Trattato di sociologia generale*, 2 vols. Florencia: Barbèra.
- Powers, William T. (1973). *Behavior: The Control of Perception*. Chicago: Aldine.
- Ridley, Matt (2003). *Nature via Nurture: Genes, Experience, and What Makes Us Human*. Nueva York: HarperCollins.
- Schabas, Margaret (2005). *The Natural Origins of Economics*. Princeton (NJ): Princeton University Press.
- Sinnott-Armstrong, Walter, editor (2008). *Moral Psychology*, 3 vols. Cambridge (MA): The MIT Press.
- Solomon, Miriam (2001). *Social Empiricism*. Cambridge (MA): The MIT Press.
- Weber, Max (1922). *Gesammelte Aufsätze über Wissenschaftslehre*, Tübingen: Mohr (Siebeck).
- Weber, Max (1924). *Gesammelte Aufsätze zur Soziologie und Sozialpolitik*, Tübingen: Mohr (Siebeck).
- Weber, Max (1994). *Wissenschaft als Beruf - Politik als Beruf*, Tübingen: Mohr (Siebeck).
- Ziliak, Stephen M. & Deirdre McCloskey (2008). *The cult of statistical significance*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.

Notas

[1] Cuando hablo de "ciencias sociales" no tengo ningún interés en oponerlas a las "ciencias naturales", cosa que me parece cada vez tener menos sentido. Así, cuando Margaret Schabas (2005) nos muestra con gran erudición que los economistas clásicos veían los fenómenos económicos como "naturales" en un sentido que ya no corresponde a la economía neoclásica y contemporánea, esto tiene mucho que ver con la cuestión I, pero nada en estricto sentido con la presunta división entre ciencias naturales y sociales, que es un espantajo decimonónico, apreciado solamente por filósofos y científicos sociales desorientados.

[2] Debido a la división tradicional de las universidades en las tres facultades superiores (teología, derecho, medicina) y la facultad inferior (llamada de "filosofía"), y debido al hecho de que estos pleitos interacadémicos ocurrieron todos en la inferior, tiene ya mu-

cho tiempo circulando la especie de que la "filosofía" es la madre de todas las ciencias. Se trata de un grandísimo disparate que sólo puede convencer a principiantes y que se mantiene acaso por atenuar un tanto el complejo de inferioridad que padecen muchos filósofos.

[3] Un lector atento podría objetar diciendo que al menos la cuestión del fin de la historia (V) goza hoy día de un consenso negativo. No me importaría conceder que tal es el caso si hablásemos solamente de la historia humana guiada por designios divinos (la "ciudad de Dios") o determinada por leyes inexorables (el darwinismo vulgar, el materialismo histórico). Si bien es cierto que la discusión sobre tales ideas tiene un interés puramente histórico, no lo es menos que hay hipótesis direccionales con mejores credenciales científicas (p.ej. el efecto Mateo en sociología, la optimalidad en lingüística, o la dependencia de trayectoria en economía). En este trabajo no tocaré la cuestión V porque ninguno de los autores de que me ocuparé más adelante parece decir nada relevante a ella, al menos en una primera lectura.

[4] El problema es absolutamente general y vale por lo tanto para cualquier institución social, y no sólo para la ciencia, como mostró con claridad y detalle Pareto (1917: §§1863-2155; cf. Leal 2007: 205-262; véase también nota 5). La psicología contemporánea está comenzando a llegar a conclusiones parecidas (cf. Nettle 2007).

[5] En un punto el libro es parejo: ninguno de los autores discute el asunto del financiamiento de la investigación, si bien la disputa en torno al papel de los valores en la ciencia depende fundamentalmente de él. Solamente cuando (como era usual en los siglos pioneros, el XVII y el XVIII) el investigador recurre a fondos propios, puede permitirse el lujo de decidir él mismo los valores que guían su trabajo, eventualmente el conocimiento por el conocimiento mismo. Aquí, pues, no hay disputa. En cambio, cuando la ciencia es financiada por fondos públicos, como es mayoritariamente el caso hoy día, ese mandato es múltiplo, toda vez que la sociedad es el escenario de reclamos distintos, divergentes y hasta diametralmente opuestos: la investigación científica está sometida a vaivenes políticos. Por su parte, si la ciencia es financiada por fondos privados de las empresas ("investigación y desarrollo"), entonces el mandato es claro y unívoco: debe haber resultados redituables. Tanto en el caso del financiamiento público como en el caso del financiamiento empresarial, la cuestión de los valores en la ciencia suscita interrogantes sutilmente diferentes. El lector interesado en estas cuestiones puede consultar Martino (1992), Kealey (1996), Solomon (2001), Mirowski & Sent (2002).

[6] La calidad de este capítulo proviene probablemente del hecho de que su autora dedicó a este tema su disertación doctoral (Douglas 1998).

[7] Si el propósito de esta reseña fuese defender a Weber, habría que decir que la concepción completa del sociólogo alemán comprendía lo que él llamaba "ética de la responsabilidad", y de hecho es ésta última la que subyace en último término a su participación en la disputa en torno a los juicios de valor. Con todo, el ejemplo estudiado por Douglas es tan detallado que estos pruritos filológicos pasan a segundo plano. Lo importante es tener claro que entre los hechos a que el químico pretende ajustarse están los estándares de salud humana y las consecuencias más o menos inciertas que tal o cual nivel de toxicidad tiene sobre ella. De hecho, el lúcido razonamiento de la profesora Douglas puede generalizarse a muchas otras ramas de la ciencia aplicada, como se muestra en la obra reciente de Ziliak & McCloskey (2008).

[8] Debido al grado de abstracción, la posición de Weber no es muy clara ni en el ensayo con el que se anuncia la ruptura de Weber con los "socialistas de la cátedra" ("La 'objetividad' cognoscitiva de la ciencia social y de la política social", 1904, en Weber 1922: 146-214) ni el multicitado trabajo en que se defiende la tesis de que el discurso científico-social debe estar libre de juicios de valor ("El sentido de la 'abstención valorativa' de las ciencias sociológicas y económicas", 1917, publicación póstuma en Weber 1922: 451-502). Bastante más claro está el asunto en el famoso discurso sobre la ciencia como vocación y sobre todo en el no menos famoso discurso sobre la política como vocación (pronunciados en 1917 y 1919, respectivamente; cf. Weber 1994). Pero la mayor claridad se alcanza en un texto poco conocido y póstumamente publicado, que es al que me refiero arriba ("Acerca de las negociaciones sobre la productividad de la economía", 1909, en Weber 1924: 416-423). Se trata de una intervención oral que está en el origen del escándalo que se produjo en el seno de la Asociación para la Política Social y que en último término forzó el famoso debate en torno a los juicios de valor (cf. Nau 1996).

[9] Dos publicaciones recientes que, desde perspectivas y con temáticas muy diferentes, se ocupan de este aspecto y que el lector interesado podrá consultar con provecho son Baron (2006) y Kellow (2007). En realidad, este aspecto de la cuestión de los valores está asociado a la realidad y/o construcción de los problemas sociales que toca Root en su capítulo, como puede verse p.ej. en Best (2001).

[10] Remito al lector a algunas obras recientes donde se ventila la cuestión: Carruthers et al. (2005-2007), Harris (2006), Nettle (2007), Sinnott-Armstrong 2008.

Ficha bibliográfica

Kincaid, Harold, John Dupré y Alison Wylie, eds. (2007)

Value-Free Science? Ideals and Illusions.

Nueva York: Oxford University Press.

McClelland, Kent y Thomas J. Fararo, eds. (2007)

Purpose, Meaning, and Action: Control Systems Theories in Sociology.

Nueva York: Palgrave Macmillan.